



Pastoral familiar

“El anuncio cristiano relativo a la familia es verdaderamente una buena noticia”
AL 1

El amor en el matrimonio

Amoris Laetitia - Capítulo IV
Primera parte

CONTENIDO

A. NUESTRO AMOR COTIDIANO

Paciencia
Actitud de servicio
Sanando la envidia
Sin hacer alarde de agrandarse
Amabilidad
Desprendimiento
Sin violencia interior
Perdón
Alegrarse con los demás
Todo lo excusa
Todo lo cree
Todo lo espera
Soporta todo



B. CRECER EN LA CARIDAD CONYUGAL

INTRODUCCIÓN

Con los capítulos anteriores se ha constatado que para Dios, y bien lo ha afirmado el Papa Francisco muchas veces, el hombre ha sido creado por y para el amor (Jn 15). A lo largo del capítulo IV de la Exhortación Amoris Laetitia, descubrimos que el único fin que tiene la Iglesia, por medio del sacramento del matrimonio y otras formas de acompañar a las parejas es, sin duda, consolidar, fortalecer, acrecentar y animar el amor de los cónyuges, partiendo del *Amor* que es Dios, como bien lo expresa el apóstol Pablo en la Primera Carta a los Corintios: “si no tengo amor, nada soy” (1Co 13,2).

A. NUESTRO AMOR COTIDIANO

Jesús dijo que el Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo; es una semilla muy pequeña, casi más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece se hace árbol y pueden anidar hasta las aves del cielo (Cf. Mt 13, 31-32). Lo mismo se puede decir del amor. Es una semilla que Dios ha colocado en el corazón de cada ser humano pero que ha de ser cuidada y cultivada para que crezca cual árbol frondoso y pueda dar vida a los demás. San Pablo lo explica de forma muy concreta por medio del conocido Himno del Amor o Himno de la Caridad:

“El amor es paciente, es servicial; el amor no tiene envidia, no hace alarde, no es arrogante, no obra con dureza, no busca su propio interés, no se irrita, no lleva cuentas del mal, no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Co 13,4-7). Se trata de todo un proyecto de vida; proyecto que ha de vivirse día a día en el hogar entre los miembros del mismo (Cf. AL 90).

Paciencia



El sentido se toma de la traducción griega del Antiguo Testamento, donde encontramos a Dios “lento a la ira” (Ex 34,6; Nm 14,18); cuando su proceder, en cierta forma, desconcierta al ser humano por el ejercicio exagerado de la misericordia. Es la cualidad característica del Dios de la alianza, que inspira la vida cristiana en todas sus dimensiones; con mayor razón en la vida familiar. La paciencia de la que se habla en el texto de Pablo, tiene que ver con esa que se vislumbra cuando las parejas no se dejan llevar por los impulsos marcados por la agresividad y evitan a toda costa que la familia se torne un campo de batalla (Cf. AL 91).

Ser paciente no significa aguantar maltratos, tolerar humillaciones y abusos, mucho menos dejar pisar nuestra dignidad de seres humanos e hijos de Dios. No. Ser paciente es saber que somos personas de relaciones, que el mundo no puede girar en torno a mis propios intereses, a veces egoístas; significa reconocer que el otro no es perfecto y yo tampoco, y que es necesario “desterrar de nosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda la maldad” (Ef 4,31), porque el amor siempre tiene “un sentido de profunda compasión que lleva a aceptar al otro como parte de este mundo, también cuando actúa de un modo diferente a lo que yo desearía”(Cf. AL 92).

Actitud de servicio

En este contexto, aparece la palabra griega *jrestós*, que hace referencia no solo a lo bueno que puede tener una persona, sino que especifica la forma como se muestra esa bondad: en las obras. La actitud de servicio, o amor servicial es el resultado de la paciencia nombrada anteriormente, es decir, se hace palpable y “accesible” desde una reacción dinámica, creativa, dadora de vida para los demás.

El Papa Francisco insiste en desentrañar el sentido más pleno del verbo “amar” desde sus raíces hebreas: *hacer el bien*. Como decía san Ignacio de Loyola, “el amor se debe poner más en las obras que en las palabras”¹, es decir, un amor como el de Jesús: *ágape*, que se entrega siempre al otro, sin medida, sin esperar nada a cambio... así tendría que ser también el amor conyugal (Cf. AL 93-94).

Sanando la envidia

El verdadero amor celebra con gozo el logro ajeno, la vida, el éxito, la felicidad del otro. La envidia, por su parte, es una tristeza que nos permite ver que seguimos arraigados en nuestro propio yo, en nuestro propio bienestar. Viviendo así ¿cómo puede interesarnos la felicidad de los demás? El amor es el que nos hace salir de nosotros mismos, el que nos libera y nos permite reconocer los valores y logros de los otros como dones de Dios para ser felices y no como amenaza para la propia vida.

El amor nos lleva a una sentida valoración de cada ser humano, reconociendo su derecho a la felicidad. Amo a esa persona, la miro con la mirada de Dios Padre, que nos regala todo «para que lo disfrutemos» (1 Tm 6,17), y entonces acepto en mi interior que pueda disfrutar de un buen momento. Esta misma raíz del amor, en todo caso, es lo que me lleva a rechazar la injusticia de que algunos tengan demasiado y otros no tengan nada, o lo que me mueve a buscar que también los descartables de la sociedad puedan vivir un poco de alegría. Eso no es envidia, sino deseos de equidad (Cf. AL 95-96).

Sin hacer alarde ni agrandarse

Quien ama, no es arrogante ni pretende grandezas; quien ama de verdad no solo evita hablar demasiado de sí mismo, sino que además sabe ubicarse en su lugar sin pretender ser el centro. La palabra griega *physioutai* indica que el amor no se “agranda” ante los demás, sino que es sencillamente lo que es, realista. Una persona arrogante no solo se afana por hacer sobresalir sus cualidades por encima de los otros, sino que además pierde el sentido

¹ EE. 230

de la realidad porque se ve a sí mismo más grande de lo que es, y nadie es más grande que nadie. Al menos no en ese sentido. Según el evangelio de Jesús, lo que nos hace realmente grandes es el amor que comprende, cuida y protege al débil (Jn 13,13-14) (Cf. AL 97).

Es importante que los cristianos vivan esto en su modo de tratar a los familiares poco formados en la fe, frágiles o menos firmes en sus convicciones. A veces ocurre lo contrario: los supuestamente más adelantados dentro de su familia, se vuelven arrogantes e insoportables. La actitud de humildad aparece aquí como algo que es parte del amor, porque para poder comprender, disculpar o servir a los demás de corazón, es indispensable sanar el orgullo y cultivar la humildad. Jesús recordaba a sus discípulos que en el mundo del poder cada uno trata de dominar a otro, y por eso les dice: “No ha de ser así entre ustedes” (Mt 20,26) (Cf. AL 98).



Amabilidad

Amar también es volverse amable, y allí toma sentido la palabra *asjemonéi*. Quiere indicar que el amor no obra con rudeza, no actúa de modo descortés, no es duro en el trato. Ser amable no es un estilo que un cristiano puede elegir o rechazar. Como parte de las exigencias irrenunciables del amor, “todo ser humano está obligado a ser afable con los que lo rodean”².

La amabilidad conduce a un verdadero encuentro con el otro. Una mirada amable permite que no fijemos desmedidamente nuestros ojos en las limitaciones y carencias del otro, que podamos tolerarlo y unirnos en un proyecto común, aunque seamos diferentes. El amor amable genera vínculos, cultiva lazos, crea nuevas redes de integración, construye una trama social firme, como Jesús. El que ama es capaz de decir palabras que generan vida, palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan; evita palabras que matan, que hieren, que desaniman, que humillan y entristecen... Veamos, por ejemplo, algunas palabras que decía Jesús a las personas: “¡Ánimo hijo!” (Mt 9,2), “¡Qué grande es tu fe!” (Mt 15,28), “¡Levántate!” (Mc 5,41), “Vete en paz” (Lc 7,50), “Tampoco yo te condeno” (Jn 8, 11), entre otras. En la familia hay que aprender este lenguaje amable de Jesús (Cf. AL 99-100).

Desprendimiento

Cuando de desprendimiento se trata, el amor se saluda con la libertad. El himno al amor afirma que el amor no busca su propio interés, sino el de los demás. Una cierta prioridad del amor a sí mismo sólo puede entenderse como una condición psicológica, en cuanto quien es incapaz de amarse a sí mismo encuentra dificultades para amar a los demás: “El que es tacaño consigo mismo, ¿con quién será generoso? Nadie peor que el avaro consigo mismo” (Si 14,5-6).

Santo Tomás de Aquino ha explicado que “pertenecer más a la caridad querer amar que querer ser amado”³ y que, de hecho, “las madres, que son las que más aman, buscan más amar que ser amadas”⁴. Se concreta en el ejercicio de dar siempre, sin esperar retribución, como bien lo expresa el Evangelio: “Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis” (Mt 10,8) y que se plenifica en un amor como el de Jesús, que da la vida por los demás (Jn 15, 13) (Cf. AL 101-102).

Sin violencia interior

Aparece ahora otra palabra *paroxýnetai*. Se trata de una reacción interior de indignación provocada por algo externo. Es una violencia interna, de una irritación no manifiesta que nos coloca a la defensiva ante los otros, como si fueran enemigos molestos que hay que evitar. Alimentar esa agresividad íntima no sirve para nada, solo

² Tomás de Aquino, Summa Theologiae II-II, q. 114, a. 2, ad 1.

³ Summa Theologiae II-II, q. 27, a. 1, ad 2.

⁴ Summa Theologiae II-II, q. 27, a. 1.

nos enferma y termina aislándonos. La indignación es sana cuando nos lleva a reaccionar ante una grave injusticia, pero es dañina cuando tiende a impregnar todas nuestras actitudes ante los otros.

Una cosa es sentir la fuerza de la agresividad que brota y otra es consentirla, dejar que se convierta en una actitud permanente. Por ello, nunca hay que terminar el día sin hacer las paces en la familia. ¿Arrodillarnos? ¡No! Solo un pequeño gesto, algo pequeño, y vuelve la armonía familiar. Basta una caricia, sin palabras. Pero nunca terminar el día en familia sin hacer las paces. La reacción interior ante una molestia que nos causen los demás debería ser ante todo bendecir en el corazón, desear el bien del otro, pedir a Dios que lo libere y lo sane: “Responded con una bendición, porque para esto habéis sido llamados: para heredar una bendición” (1P 3,9). Si tenemos que luchar contra un mal, hagámoslo, pero siempre digamos NO a la violencia interior (Cf. AL 103-104).

Perdón



Si permitimos que un mal sentimiento penetre en nuestras entrañas, dejamos lugar a ese rencor que se añeja en el corazón. El perdón, por su parte, es una actitud positiva que intenta comprender la debilidad ajena y trata de buscarle excusas a la otra persona, como Jesús cuando dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Pero la tendencia suele ser la de buscar más y más culpas, la de imaginar más y más maldad, hasta que el rencor se arraiga. De ese modo, cualquier error o caída del cónyuge puede dañar el vínculo amoroso y la estabilidad familiar. ¡Cuidado!

Cuando hemos sido ofendidos o desilusionados, el perdón es posible y deseable, pero nadie dice que sea fácil. La verdad es que la comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada solo con un gran espíritu de sacrificio. Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación. Ninguna familia ignora que el egoísmo, el desacuerdo, las tensiones, los conflictos atacan con violencia y a veces hieren mortalmente la propia comunión: de aquí las múltiples y variadas formas de división en la vida familiar⁵.

Hoy sabemos que para poder perdonar necesitamos pasar por la experiencia liberadora de comprendernos y perdonarnos a nosotros mismos. Hace falta orar con la propia historia, aceptarse a sí mismo, saber convivir con las propias limitaciones, e incluso perdonarse, para poder tener esa misma actitud con los demás. Pero esto supone la experiencia de ser perdonados por Dios, justificados gratuitamente y no por nuestros méritos (Cf. AL 105-108).

Alegrarse con los demás

La expresión *jairei epi te adikía* hace referencia a la actitud venenosa del que se alegra cuando ve que se le hace injusticia a alguien. La frase se complementa con la siguiente, que lo dice de modo positivo: *sygjairei te alétheia*, se regocija con la verdad. Es decir, se alegra con el bien del otro, cuando se reconoce su dignidad, cuando se valoran sus capacidades y sus buenas obras. Eso es imposible para quien necesita estar siempre comparándose o compitiendo, incluso con el propio cónyuge, hasta el punto de alegrarse secretamente por sus fracasos.

Cuando una persona ama, es capaz de hacerle el bien al otro, de vivirlo con alegría y desde allí darle gloria a Dios, porque “Dios ama al que da con alegría” (2 Co 9,7). La familia debe ser siempre el lugar donde alguien, que logra algo bueno en la vida, sabe que allí lo van a celebrar con él (Cf. AL 109-110).

Disculpa todo

La lista se completa con cuatro expresiones que hablan de una totalidad: “todo”. Disculpa todo, cree todo, espera todo, soporta todo. De este modo, se remarca con fuerza el dinamismo contracultural del amor. Disculpar todo, *panta stegei*, hace referencia al uso de la lengua y puede significar “guardar silencio” sobre lo malo que puede haber en otra persona, porque la lengua mata. Detenerse a dañar la imagen del otro es un modo bastante bajo

⁵ Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. Familiaris Consortio, 22 noviembre 1981, 21: AAS 74 (1982)

de reforzar la propia, de descargar los rencores y envidias sin importar el daño que causemos. El verdadero amor no mata, cuida la buena fama de los demás con delicadeza y respeto.

Los esposos que se aman y se pertenecen, hablan bien el uno del otro, intentan mostrar el lado bueno del cónyuge más allá de sus debilidades y errores. En todo caso, guardan silencio para no dañar su imagen. Pero no es solo un gesto externo, sino que brota de una actitud interna. Tampoco es la ingenuidad de quien pretende no ver las dificultades y los puntos débiles del otro. Recuerda que esos defectos son solo una parte, no son la totalidad del ser del otro. Poner la mirada solo en ellos, sería limitar la grandeza de ese otro que comparte la vida conmigo y que es humano. El amor convive con la imperfección, la disculpa, y sabe guardar silencio ante los límites del ser amado (Cf. AL 111-113).



Todo lo cree

Panta pisteuei, “todo lo cree”, por el contexto, no se debe entender como “fe” en el sentido teológico, sino en el sentido corriente de “confianza”. Se trata de cultivar la confianza que hace posible una relación de libertad. Es decir, relaciones sin afán de dominio o control para evitar, a veces sin mucha conciencia, que “escape de nuestros brazos”. El amor confía, deja en libertad, renuncia a controlarlo todo, a poseer, a dominar. De esta forma, los cónyuges, al reencontrarse, pueden vivir la alegría de compartir lo que han recibido y aprendido fuera del círculo familiar. Un ambiente donde hay confianza y valoración del ser en su esencia, es puente seguro para la sinceridad y la transparencia, propiciando así una vida auténtica y sin ocultamientos (Cf. AL 114-115).

Todo lo espera

Panta elpizei indica la espera de quien sabe que el otro puede cambiar. Siempre espera que sea posible una maduración, un sorpresivo brote de belleza, que las potencialidades más ocultas de su ser germinen algún día. No significa que todo vaya a cambiar en esta vida. Implica aceptar que algunas cosas no sucedan como uno desea, sino que quizás Dios escriba derecho con las líneas torcidas de una persona y saque algún bien de los males que ella no logre superar en esta tierra.

Aquí se hace presente la esperanza en todo su sentido, porque incluye la certeza de una vida más allá de la muerte. Esa persona, con todas sus debilidades, está llamada a la plenitud del cielo. Allí, completamente transformada por la resurrección de Cristo, ya no existirán sus fragilidades, sus oscuridades ni sus patologías. Allí el verdadero ser de esa persona brillará con toda su potencia de bien y de hermosura (Cf. AL 116-117).

Todo lo soporta

Panta hypoménei significa que sobrelleva con espíritu positivo todas las contrariedades. Es mantenerse firme en medio de un ambiente hostil. No consiste solo en tolerar algunas cosas molestas, sino de apostarle sincera y radicalmente al amor a pesar de todo, aun cuando todo el contexto invite a otra cosa. Es la opción firme por el bien que todo lo puede. Soportar implica mirar el rostro de cada hombre y descubrir dentro de él la “imagen de Dios”. Es, entonces, cuando abrimos la puerta que nos lleva a amarlo “a pesar de”. No importa lo que haga, vemos la imagen de Dios allí.

Otra manera para amar a tu enemigo es esta: cuando se presenta la oportunidad para que derrotes a tu enemigo, ese es el momento en que debes decidir no hacerlo. Cuando te elevas al nivel del amor, de su gran belleza y poder, lo único que buscas derrotar es el sistema maligno. Amas al que se halla atrapado en ese sistema, lo reconoces como hijo de Dios, igual que tú, con debilidades distintas a las tuyas; pero le amas y eso te hace fuerte. La persona fuerte es la persona que puede romper la cadena del odio, la cadena del mal, es esa capaz de inyectar dentro de la propia estructura del universo ese elemento fuerte y poderoso que llamamos AMOR.

El ideal cristiano, y de modo particular en la familia, es amor a pesar de todo. A pesar de todo no significa aguantarse los males. Hay personas que han optado por “separarse de su cónyuge para protegerse de la violencia física y, sin embargo, por la caridad conyugal que sabe ir más allá de los sentimientos, han sido capaces de

procurar su bien, aunque sea a través de otros, en momentos de enfermedad, de sufrimiento o de dificultad. Eso también es amor a pesar de todo” (Cf. AL 118-119).

B. CRECER EN LA CARIDAD CONYUGAL



El himno que acabamos de profundizar nos permite afirmar que, sin duda, es el amor lo que une a los esposos, santificado, enriquecido por la gracia de Dios que llega por medio del sacramento del matrimonio y también por cada pequeño gesto descrito. Es una unión afectiva, de amistad sincera y pasión, sí, pero también ha de ser una unión espiritual y oblativa, que permanece fiel aun cuando todo lo demás se debilite.

El Papa Pío XI enseñaba que ese amor permea todos los deberes de la vida conyugal y “tiene cierto principado de nobleza”⁶. Porque ese amor fuerte, derramado por el Espíritu Santo, es reflejo de la Alianza inquebrantable entre Cristo y la humanidad que culminó en la entrega hasta el fin, en la cruz: “El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal”⁷ (Cf. AL 120).

El Papa Francisco insiste en afirmar que cuando un hombre y una mujer celebran a plenitud el sacramento del matrimonio, Dios se refleja en ellos; les imprime los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor, porque reina en ellos la comunión. Dios, en efecto, es comunión: las tres personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta. Y es precisamente este el misterio del matrimonio: Dios hace de los dos esposos una sola existencia (Gn 2,22-24) (Cf. AL 121).

En síntesis, el amor que se asemeja al de Jesús, en su entrega, es el único capaz de consolidar los vínculos no solo en las dos personas que se aman, sino en cada miembro de la familia.

ME PREGUNTO Y COMPARTO:

1. ¿Considero realmente posible la vivencia de un amor que permite dar gratis y dar hasta el fin?
2. ¿Cuál es mi aporte, como Terciaria Capuchina de la Sagrada Familia, a las parejas que tienen dificultades para vivir un amor desprendido, generoso y oblativo?
3. ¿Cómo puedo vivir en la fraternidad cada parte del Himno al amor del que nos habla san Pablo?

Hnas. María Dolores de Sousa Carneiro e Iria Natalia Ágrede Agreu, TC

⁶ Carta enc. Casti connubii (31 diciembre 1930): AAS 22 (1930), 547-548.

⁷ Juan Pablo II, Exhort. ap. Familiaris consortio (22 noviembre 1981), 13: AAS 74 (1982), 94.